

No tenía por jefe á ningún hombre conocido. Nada se sabía de los hombres, de los hechos, de las causas.

Salvo Lapinaud y Royran no tenía ni un general conocido.

El mismo Lapinaud cogió las armas á su despecho: «Amigos míos, les dijo, queréis ser destrozados; un departamento contra ochenta y dos; es como el niño contra el gigante; creedme, es más conveniente quedarnos en casa.»

Tanto Charette y Mr. de Bouchamps, como Mr. Elbec, fueron á su disgusto á la campaña. Tan solo mandaron pequeñas bandas, nunca fueron generales.

El peluquero Gaston era el solo general conocido en la baja Vendée y Cathelineau y Stofflet en la alta.

Poseemos un testimonio incontrovertible: el interrogatorio á que fué sometido, el día 27 de Marzo el hermano de Cathelineau que fué hecho prisionero. Se le pregunta: «¿Quiénes eran los jefes?» Responde: «Stofflet y Cathelineau.»

Después se le preguntó: «¿Había nobles entre los insurrectos?» Responde: «No hay nadie más que Mr. Elbec y otro cuyo nombre ignoro.»

Al interrogarle acerca de si había ó no otras personas conocidas dijo que si. Eran comerciantes de baja categoría, industriales de los más bajos de Jallais y de Beaupreau.

Esto precisamente da un carácter más terrible á la guerra interior. La calidad de elementos que en ella luchan.

La Francia atacada desde fuera por toda Europa tenía interiormente un enemigo.

Ignorábase su nombre. No se podía definir; enemigo que luchaba escondiendo el cuerpo para evitar el ataque y que cada uno de sus disparos era certero.

Era el enemigo de Francia, un monstruo informe.



CAPITULO VI

Traición de Dumouriez (Marzo-Abril del 93)

Unanimidad de la Convención contra la Vendée.—Grandes medidas sociales.—Dumouriez estaba mal con todos los partidos.—No tenía intimidación más que con los realistas.—Carta insolente de Dumouriez á la Convención (12 Marzo).—Dumouriez aventura la batalla de Nerwinde (18 Marzo).—Sus órdenes y disposiciones en provecho de los orleanistas.—Miranda.—Dumouriez arroja la responsabilidad de la derrota sobre Miranda.—Convenio de Dumouriez con los austriacos.—Peligro para Danton.—A Danton se le cree cómplice de Dumouriez.—Danton acusado por la Gironda (1 de Abril).—La Convención abdica de su inviolabilidad.—Dumouriez arresta á los comisarios de la Convención.—Dumouriez se pasa al enemigo.

La noticia de que había estallado la Vendée causó en París indignación profunda, furor, el furor del hombre que se ve atacado insidiosamente por todas partes.

Era la segunda vez que juntamente con la invasión extranjera estallaba la insurrección interior.

Nuestras líneas forzadas sobre el Mosa, nuestro ejército del Rhin en plena retirada, Custine dejando la mitad de su ejército en Mayence y refugiándose bajo el cañón de Landan. Todo esto se sabía de Este. En todas partes retrocedíamos. Por el Este como por el Norte pesaba sobre nosotros la enorme masa alemana. Sus cuarenta millones de hombres nos abrumaban. ¿Sobre qué podría apoyarse Francia? Sobre la guerra interior que era la ruina y la muerte.

Nadie se asombrará de que en tales circunstancias nadie pensara en perseguir á los autores del movimiento del 10 de Marzo. No se vió entre estos más que patriotas que, cegados por su legítimo entusiasmo, no pudieron tolerar el engaño de la prensa girondina que negaba la exis-

tencia del peligro. ¿Cómo, pues, la Convención debía tomar justicia de la Gironda? Esta, en lugar de precisar sus acusaciones, de nombrar á tal individuo, englobó organizaciones enteras en sus ataques como los Jacobinos, la Comuna, la Montaña, todo el mundo.

La gravísima noticia que llegó de Oeste, pareció que iba á reconciliar á la Convención. Fué perfecta su unanimidad contra los asesinos de Francia.

La Gironda pidió que los insurgentes bretones fuesen juzgados por el tribunal revolucionario. El bretón Lanjuinais en su noble indignación contra los traidores, pidió que se confiscaran los bienes de los que fueran condenados á muerte.

El incendio de la Vendée, cuyas llamas tomaban espantosa elevación, exigía rápidas medidas. Cambacérés propuso el ejercicio de los tribunales militares. A los nobles y á los curas se daría ocho días de tiempo para salir del territorio (como incendiarios, asesinos, instigadores y sediciosos), después de cuyo plazo, quienes fueran encontrados en Francia serían condenados á muerte y confiscados sus bienes, aunque subviniendo á la subsistencia de sus familias (19 de Marzo). Entre estas medidas de justicia revolucionaria, la Convención sancionó otras de seguridad social, para tranquilizar á la nación y calmar los temores de los propietarios. El comité de defensa fué quien las propuso. Ninguna medida era en efecto más segura que interesar á todas las clases sociales en la salud de la patria.

Fué garantida la propiedad conminando con la pena de muerte á quien pretendiera faltar á las leyes agrarias, pero, sin embargo, la propiedad (industrial ó territorial) debía de soportar el impuesto progresivo.

Para la promulgación de otras leyes populares la Convención solicitó un informe previo, como por ejemplo para la división de los bienes comunes.

En Francia existía la esperanza de que el general Dumouriez el hombre de Jemmapes y de Valmy acudiría á salvar á la nación. Volvió á Francia, acudió, pero enemigo.

El mismo día en que estalla la Vendée se recibe una carta de Dumouriez, carta insolente escrita con menosprecio y desafiando á la Convención. Más parecía la carta de Cobourg ó de Brunswick.

Cuando partió en el mes de Enero ya era enemigo de Francia, llevaba la traición metida en el alma. El mismo dijo por entonces que estaba decidido á emigrar. De esto partían sus intrigas con los agentes ingleses y holandeses, su audaz tentativa de erigirse en mediador entre Francia y las demás naciones, tentativa destruida por la sabia orden de la Gironda, que declaró franca y unánimemente la guerra contra la Gran Bretaña, sin hacer el menor caso del bello discurso de Dumouriez.

La coalición vió entonces lo que existía realmente, esto es, que en Francia no tenía ningun crédito y nadie hacía caso del general. Se le sostenía como un hábil y afortunado aventurero. Esto era todo. Así lo

confiesa en sus memorias: «En la Convención, dice, yo no tenía ni un partidario.»

Se enredó con todos los partidos.

Estuvo mal con los girondinos, que le dieron el disgusto de declarar la guerra con Inglaterra.

Mal con los jacobinos, que lo creyeron realista y con razón.

Mal con los realistas, á quienes hizo creer que podía salvar al rey.

Ni aun estuvo bien con Danton y sus amigos, que dos veces propu-



CATHELINEAU

sieron la reunión de Bélgica y Francia, medida que desbarataba todos los planes maquiavélicos de Dumouriez.

Con los orleanistas sólo le quedaban lazos de unión.

La fortuna de estos y del general era la misma. El mismo viento llevó los dos barcos. Estaban perdidos si no realizaban cualquiera audaz y desesperada tentativa.

Paso por alto las mentiras que Dumouriez ha escrito en sus memorias; Dumouriez tenía demasiado criterio para imaginar que los emigrados iban á perdonarle su retirada de Valmy. Dumouriez quería un rey indudablemente, pero no de los de la rama primogénita.

Los orleanistas sentíanse desligados de la Montaña.

Dumouriez aborrecía á Igualdad, cuya presencia le era antipática y molesta. El busto muerto de un Borbón que él veía en los bancos de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA-UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
fado. 1825 MONTERREY, MEXICO

la Gironda, esta muda figura que tan solo había abierto la boca para votar por la muerte de Luis XVI, le era odiosa, repugnante. Advirtió por fatal presentimiento á los leales montañeses que dentro de la monarquía había algo peor que un rey: *la monarquía del dinero*.

«Dumouriez no se acordaba en esta época del duque de Orleans.» Y sin embargo, en todas las batallas lo arreglaba de modo que el duque de Orleans aparecía con un nuevo laurel.

«No pensaba en la casa de Orleans.» Y sin embargo, aparecía rodeado de generales orleanistas; su brazo derecho era Valence, yerno de madama Genlis, casi hermano del joven Orleans.

¿Quién fué el que hizo proposiciones á Charette, después de Quille-rau, cuando el conde de Artois, deshonorado, parecía infiltrar la impotencia en la rama primogénita? Orleans. Se conoce la respuesta enérgica y despreciativa del general vendeano. «Prefería á Orleans la República y dos balas en la cabeza.»

De todo esto dedúcese que desde el 93, Orleans y Dumouriez eran un solo individuo. Comprometidos con los realistas, sospechosos á la Revolución, no tenían más que un solo camino, proclamarse reyes ellos mismos.

Esto era difícil; pero ¿era imposible? Dumouriez no lo creyó así.

El ejército amaba á Dumouriez; las tropas de línea por lo menos, le eran muy afectas. Sentían profunda simpatía hacia su joven compañero de armas el *general Igualdad*, quien los trataba afablemente, pareciendo menos que su jefe su protector.

El general Igualdad hizo su propaganda entre el ejército.

¿Vieron esto las demás naciones con asentimiento? No mostraron gran preocupación por la suerte de la rama primogénita. Inglaterra, ante lo que le ocurría á Francia, se reconocía, recordaba su historia. Inglaterra profesó el axioma político de que: *El mejor rey, es el que más malos títulos tiene para serlo*.

¿Qué axioma profesaba la Francia? Determinadas clases hubiesen aceptado un compromiso, cualquiera que fuese, con los ojos cerrados. El pretendiente mostraba dos rostros como Jano: *un rey* á la derecha, pero á la izquierda otro de *sangre regicida*.

En nombre del orden y de las leyes se pronunció el nombre de este rey. «¡Basta de sangre!» dijo. Palabra mágica por la que recibió bendiciones.

En su estancia en París Dumouriez se avistó con el duque de Orleans.

¿Cuáles fueron sus arreglos, sus proyectos? No se conocen ni hay siquiera necesidad de que se conozcan.

Es suficiente saber que estaban los dos perdidos irremisiblemente, que la calle era muy estrecha y ni á izquierda ni á derecha había sitio para huir.

Solamente para ejercer la traición, para fabricar un rey era nece-

sario demostrar mucha fuerza. Era necesario imponer ese rey á la Francia y á la coalición de las potencias conjuradas, por medio de un golpe afortunado. A esto obedecía la conducta indecisa de Dumouriez, que tan pronto deja al enemigo que corra á sus espaldas, como se rehace, avanza y aventura la batalla de Neerwinde. Suspendido así entre la coalición y la Francia, no teniendo á mano más que á Bélgica que le era disputada por la influencia revolucionaria, Dumouriez se hizo belga, en cierto modo; es decir, tomó á su empeño la causa de los belgas; dirigió á su favor un manifiesto furibundo bajo forma de carta á la Convención. El día 12 escribió á Louvain y aun parece que tuvo el propósito de que circularan las copias de la carta manifiesto.

Fué como una acusación contra Francia y contra la Convención. Cuanto decía contra nosotros el enemigo lo repetía Dumouriez en este documento. Es decir, una boca francesa repitió contra la Francia en plena Convención todos los insultos que la dirigían ingleses, alemanes y austriacos. Como si fuera austriaco, decía que la demanda de reunión de Bélgica no había sido solicitada por los belgas, sino arrancada á tiros. Añadía que Cambon había querido arruinar la banca de Bélgica, absorbiendo su oro por medio del asignado. Como si fuese cura se lamentaba de la desaparición de la plata de las iglesias para sufragar los gastos de la guerra, la violación de tabernáculos, las hostias derramadas por tierra. En este piadoso manifiesto, taimadamente, mostraba nuestros reverses como un castigo providencial de nuestros crímenes.

Siempre ha existido un castigo para el vicio y un premio para la virtud, etc., etc. Era necesario que terminara la guerra. No ofender más á la Providencia.

Esta estúpida carta llegó el día 14 por la noche. El girondino Gensonne, que presidía la sesión, quedó estupefacto y creyó que su deber inmediato era entregarla al comité de defensa general. Breard, presidente del comité y Barere, el abogado ordinario, dijeron que no se podía ocultar un documento dirigido á la Asamblea, que era necesario arrestar á Dumouriez. Esta audacia del miedo produjo el efecto de unir á las tropas en torno del general. El ejército leal y agradecido creyó que las victorias que había ganado se las debía á Dumouriez, y aunque en el fondo se le creía pérfido, pensar en que pudiera ser víctima de los austriacos, prisionero del enemigo, conducido entre los detestados capotes blancos, era como un acicate de su fervor y su sumisión abnegada por el general. No pensaba todo el ejército lo mismo y se dió el afrentoso espectáculo de una lucha entre sí, frente al austriaco.

Un solo miembro se opuso al arresto de Dumouriez: Danton. «¿Qué hacéis?—dijo al comité.—¿Sabéis que este hombre es el ídolo del ejército? No habéis visto como yo en las revistas á sus soldados fanáticos besarle las manos, las botas?... Al menos esperemos á que haya efectuado la retirada. ¿Cómo puede operarse esta sin él? El ha perdido la cabeza como político, no como militar.» Los girondinos del comité confesaron que

Danton tenía razón y que aun en aquella crisis, Dumouriez era el único general capaz.

Danton deseaba que se nombrase una comisión mixta de los dos partidos, en la cual estuviera representada la Convención unánimemente y que esta se encargara de visitar al general y exigirle una retractación de la carta.

Que se designara á él, por ejemplo, de la Montaña y á Guadet ó Gensonné de la Gironda. Estos declinaron el honor de la designación. No consintieron en otra cosa que en conservar la carta durante algunos



STOFFLET

días en su poder, responsabilidad ya demasiado grande; pero la de conferenciar con un hombre tan sospechoso la dejaron á cargo de Danton, que no titubeó ni un instante y partió para Bélgica.

La carta de Dumouriez, terrible el día 12, fué ridícula el día 18. Por su precipitación perdió una gran batalla.

No tenía ya más que treinta y cinco mil hombres en línea desorganizados. El enemigo tenía cincuenta y dos mil, ejército cuidadosamente atendido durante el invierno, compuesto de soldados viejos y aguerridos, mientras que una mitad de los de Dumouriez eran voluntarios. Miranda deseaba solo que Louvain estuviese fuertemente guarnecida. Hubieran podido descansar un momento. Pero desde entonces Dumouriez, en vez de jefe absoluto, dependía ya de la Convención.

Avanzó hasta Nerwinde y encontró á los austriacos en una posición dominante análoga á la de Jemmapes, menos concentrada todavía.

Su frente se extendía en una distancia de dos leguas; y para un ejército tan débil, extenderse en esta forma, era como disminuirse, dejar hasta huecos; quedaban aislados los cuerpos.

Como en Jemmapes, Dumouriez dió el mando de su centro á su protegido Igualdad; su hombre el general Valence, mandaba la derecha; Miranda la izquierda.

A este lo separaban del enemigo grandes obstáculos y dificultades



GARAT

naturales, teniendo que atravesar un terreno accidentado que no le permitía más que con embarazo mover sus tropas; desde las alturas abrumábale un nutrido fuego de artillería. Lo que hace creer que Miranda se batió con las principales fuerzas del enemigo es que esta derecha de los austriacos mandábala el joven príncipe Carlos, que, como ya hemos dicho, se batió por primera vez. Cuando se conozca la historia de las guerras monárquicas se podrá afirmar maliciosamente que el joven príncipe, puesto al frente de una aplastante masa, aseguraba por adelantado que los franceses no avanzarían por su derecha.

¿Sabía Dumouriez que el príncipe se batía frente á Miranda? Lo ignoramos. Si lo sabía, su plan fué vulgar aun en Jemmapes mismo. Miranda desempeñó en Deerwinde el mismo papel que Dampierre en Jem-